

**LA IGLESIA LA CONFORMAN TODOS LOS REDIMIDOS POR LA SANGRE
DE JESÚS, PERO LA ÚNICA MANERA DE QUE ELLOS PUEDAN
EXPRESARSE Y MANIFESTARSE COMO EL CUERPO DE CRISTO ES POR
MEDIO DE UNA IGLESIA LOCAL CONFORMADA POR DOS O TRES
HERMANOS.**

En lo natural podemos darnos cuenta que hay niños que pueden ser pobres, feos, y mal vestidos pero son bien sanos, nada les hace daño; mientras que hay niños que vienen de familias de mucho dinero, muy bonitos, bien vestidos, pero enfermos. Obviamente también puede existir lo inverso, pero esto nos muestra que la vida se sobre pone a los muchos percances que la quieren apagar.

En el plano espiritual, lo más importante que debemos procurar es la Vida divina. Tanto la Iglesia, como cada uno de nosotros los creyentes necesitamos el conocimiento que nos puede orientar a tener una mejor Vida en el Señor, pero tengamos claro que el tal no es en sí la Vida. Al entender este principio, ya hace bastante tiempo, me di cuenta que debía tirar por la borda todas las doctrinas en las cuales había centrado mi vida y mi ministerio. No estoy diciendo que la doctrina no sirve, más bien, me refiero al hecho de que me fue necesario tirar el concepto de que las doctrinas son el fundamento de la Vida divina. En aquel tiempo yo creía que si entendía un punto de la Biblia obtenía más Vida, ahora me doy cuenta que no es así; si yo entiendo algo de la Biblia, eso no necesariamente se convierte en mi experiencia. De nada sirve el mucho conocimiento si no tenemos la Vida divina fluyendo en nuestro ser interior. Dice 2 Corintios 3:6 “... porque la letra mata, mas el espíritu vivifica”. Dejar las doctrinas como la fuente de Vida me fue de mucha ayuda para avanzar en el conocimiento del Señor Jesús.

Antes de que el Señor me llamara al apostolado, a lo largo de toda mi vida cristiana me involucré en tres movimientos denominacionales; puedo decir que en cada uno de ellos acumulé muchas doctrinas, por cierto, en su mayoría muy buenas, pero con el pasar de los años descubrí que ellas no me daban Vida. Cuando salí de las denominaciones, durante algún tiempo me pasó las de los hijos de Israel cuando salieron de Egipto, la Biblia dice que ellos tuvieron un vivo deseo, y llorando decían: *¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos!*”; más o menos esto empecé a suspirar yo en mi corazón cuando me recordaba de una denominación tan gigantesca como lo fue Elim Guatemala en tiempos del apóstol Ríos. Al salir de las denominaciones el Señor me hizo vivir en un plano totalmente diferente, pues las Iglesias que hemos fundado son pequeñas, los locales de reunión son sencillos, en fin, un descenso en todo sentido a los ojos humanos. Cuando miraba alguno de los mega templos de las denominaciones, mi corazón suspiraba por ello, me sentía turbado, casi hasta con deseos de volver, pero el Señor nos dio la gracia para pagar el precio y quedarnos con el conocimiento de Su Hijo Jesucristo.

Ahora que puedo experimentar la Vida divina, y que entiendo que eso es el fundamento del Evangelio, me he desapasionado por los movimientos denominacionales y sus atractivos. Hoy por hoy no deseo regresar a las denominaciones; no estoy amargado contra ellas, sino que sencillamente me siento libre. Ahora puedo platicar con hermanos que forman parte de alguna denominación y no me siento amargado contra nadie, más bien, cada vez que me reúno con alguien deseo impartirle algún don espiritual. El Señor me liberó de las denominaciones cuando me hizo ver que cualquier movimiento religioso, llámese evangélico, católico, mormón, o cualquier otro, en lugar de acercarnos a Dios, nos aleja de Él.

Las denominaciones son como un vicio, quien las ha probado le costará mucho trabajo dejarlas. En realidad son dichosos aquellos que nunca estuvieron inmersos en una denominación, sino que conocieron al Señor fuera de ese contexto. Es necesario entender que el fundamento del Evangelio es el fluir de la Vida divina, tal experiencia Vivificante nos mantendrá alejados de las denominaciones.

El éxito del Evangelio no consiste en salirse de una denominación para formar otra, pues, seguro que la nueva denominación será más carente e inexperta que aquella de donde proviene. Por ejemplo, si alguien era parte de Las Asambleas de Dios, y se divide de ellos para formar otra denominación, seguramente estarán mejor los que se quedan en Las Asambleas, pues, ellos tendrán el auxilio de una estructura que ha estado de pie, ya por muchos años, en cambio la nueva división no será estable en sus inicios.

El atrevimiento de muchos para aventurarse a iniciar un nuevo movimiento denominacional es creer que serán mejores que el grupo del cual se van a salir. Tal actitud sólo deja ver la ignorancia que tienen, pues, nadie puede considerarse mejor que otra persona, ya que todos habitamos en debilidad. Cuando Dios nos invita a salir de una denominación, no debemos hacerlo creyendo que nosotros podremos hacer mejor las cosas, sino creyendo que Dios quiere que hagamos las cosas según Su Plan.

¿Cuál fue el objetivo de Dios al hacer Iglesia? La respuesta a esta interrogante la encontramos en el Principio de los principios creativos de Dios, es decir, en la eternidad pasada. En ese entonces el Padre planificó clonarse en el Hijo, para luego darle la potestad de crear todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra, de modo que todo lo que llegara a existir estuviera en Él. Dios mismo planificó en la eternidad hacerse carne, habitar en un cuerpo humano, pero antes de todo eso Él se clonó en el Verbo; este fue el principio de todos los principios creativos que han existido. A esto es lo que se refiere el apóstol Juan al decir: **“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”** (Juan 1:1).

Ya que Dios se había clonado, el Hijo hizo todas las cosas, y centró todo Su Plan en el hombre. Todo lo que se crió lo hizo el Hijo, no el Padre. Esto lo confirma el apóstol Pablo en Colosenses 1:16 **“Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. v:17 Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”**. El apóstol Pablo dice claramente estas cosas en referencia al Hijo.

En ese Plan Eterno, se decidió que la especie humana fuera el vínculo entre lo creado y lo divino. Dice Hebreos 2:16 **“Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. v:17 Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos...”** Como dice el Escritor de Hebreos, no quiso socorrer ni siquiera a los ángeles, sino que quiso tener misericordia del linaje de Abraham. El verbo se hizo hombre, se hizo semejante a nosotros, ese era el Plan. Dice Colosenses 1:15 **“El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”**. Para llegar a ser el primogénito de la creación, el Hijo tenía que ser parte de las cosas creadas, por eso dice el apóstol Pablo que es el primogénito de toda creación. El Verbo se encarnó en un cuerpo humano porque somos la especie más parecida a Dios, fuimos hechos a imagen y semejanza Suya; obviamente, hoy vemos una raza humana caída, pero originalmente no fue así.

La primera etapa del Plan eterno era que el Verbo se hiciera humano, y esto se logró en Belén hace dos mil años. Dice Juan 1:14 **“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...”**. Jesús vino a ser el postrero Adán, fue el primer Dios-hombre que existió, fue el primer humano que contenía lo divino. En aquel tiempo muchos vieron a Jesús, algunos lo

vieron como un carpintero, otros como un profeta, otros lo vieron como el Mesías, pero Él era Dios. Al leer Juan 13-17 vemos que el Señor Jesús habló abundantemente del Plan Eterno de Dios y del proceso que debía sufrir en su cuerpo para poder darle seguimiento a ese Plan. En esos capítulos el Señor dijo que nos convenía que Él se fuera para que viniera otro Consolador, el cual iba a estar con nosotros siempre. En realidad, lo que Él quiso decir es que iba a venir en otra dimensión, Él iba a venir como el Espíritu Santo. Lo que el Señor logró con Su muerte, resurrección y ascensión fue convertirse en un Espíritu vivificante, en un ser dador de Vida divina.

Cuando el Señor nació en Belén, tuvo la limitante de no poder estar en dos lugares a la misma vez, Él habitó en un cuerpo físico igual al nuestro, por lo tanto, sólo podía estar donde estaba su cuerpo. Cuando el Señor resucitó y ascendió, se convirtió en un espíritu vivificante, de modo que ahora puede estar con cada uno de nosotros, aunque nosotros no estemos juntos físicamente.

Mucho se ha enfatizado el milagro de las lenguas, y el poder que se evidenció en pentecostés entre los discípulos, cuando los visitó el Espíritu Santo. En realidad lo más grande que sucedió en el aposento alto no fueron las señales milagrosas, si no el hecho de que estaban conformando el nuevo Cuerpo de Cristo. En esa ocasión ellos fueron bautizados en el Espíritu Santo, pero esto no consistió en señales milagrosas, ni en hablar en lenguas, sino en el hecho de que todos podemos ser parte de la esfera del Cuerpo de Cristo. Yo creo en el don de lenguas, y hablo diversos géneros de lenguas, pero he entendido que eso no es una “señal” o una “prueba” de haber sido bautizados en el Espíritu Santo.

Dice Hechos 2:2 **“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados”**. Este evento fue el Bautismo en el Espíritu Santo, es decir, el momento en el que ellos fueron inmersos en ese viento recio que sopló en la casa donde estaban. La palabra Bautismo significa “sumergir en”, si yo meto un reloj en un vaso de agua puedo decir que “bauticé el reloj”; bajo ese sentido ellos fueron bautizados en aquella ocasión porque el Espíritu Santo llenó la casa en la que estaban reunidos. El don de lenguas no puede ser el Bautismo en el Espíritu Santo porque éstas fluyen de adentro hacia afuera, allí no sucede ninguna acción de ser “metidos en”.

El Bautismo del Espíritu Santo es la operación divina que permitió que todos los creyentes viniéramos a ser parte del Espíritu de Cristo, el cual es Su Cuerpo místico. Esto lo podemos probar en 1 Corintios 1:13 **“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”**. Este verso es clave para entender lo concerniente al Bautismo en el Espíritu Santo, esto es un hecho consumado, sucedió una sola vez allá en pentecostés, y todos los que creemos en el Señor automáticamente somos metidos en esa esfera. Dice Colosenses 1:12 **“... dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; v:13 el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”**. Los que creemos somos sacados de la potestad de las tinieblas para ser introducidos (bautizados) en Cristo.

Lo que pasó en pentecostés es un evento paralelo a lo que sucedió en Belén. En Belén nació el Verbo hecho carne, mientras que en pentecostés nació el Cristo corporativo, es decir, el Cuerpo de Cristo. Esto lo dice 1 Corintios 12:27 **“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”**. Cristo está conformado por muchos miembros, que somos todos los que creemos en Él.

Fue por medio del Bautismo en el Espíritu Santo que surgió el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (Colosenses 1:18, 24). La Iglesia es una entidad viviente conformada por muchos

miembros, no es una organización que responda a conceptos. Si la Iglesia del principio se hubiera regido por lo escrito, hubiera tenido muchas carencias, pues, en los primeros años no existieron cartas apostólicas, ni evangelios; sin embargo, a la fecha no ha sido superada.

Podemos decir que como creyentes tocamos la Vida divina en dos dimensiones: 1) Cuando el Señor entra a nuestras vidas, y 2) Al estar en Él. El Señor Jesús dijo: "**Permaneced en mí, y yo en vosotros**" (*Juan 15:4*). Permanecer en Cristo es estar en comunión con los miembros que conforman Su Cuerpo, y aceptar que Él esté en nosotros es la experiencia de tenerlo en nuestros corazones.

Tras la experiencia del Bautismo con el Espíritu Santo surgió la Iglesia y también las Iglesias locales. La Iglesia es una sola, son todos los redimidos de Dios de todas las edades que conforman el Cuerpo de Cristo. Las Iglesias locales son la manifestación de ese Cuerpo místico. Dios prometió y autorizó que en una localidad donde hayan dos o tres santos que se reúnan en Su Nombre, y que cumplan con ciertos requisitos básicos, Él iba a estar con ellos. La medida mínima de santos que se necesitan para manifestar el Cuerpo de Cristo son dos o tres hermanos. La Iglesia local, por lo tanto, es la unidad básica de medida de Cristo.

La Iglesia la conforman todos los redimidos por la sangre de Jesús, pero la única manera de que ellos puedan expresarse y manifestarse como el Cuerpo de Cristo es por medio de una Iglesia local conformada por dos o tres hermanos. Dios desea que en cada localidad haya una representación de Su Cuerpo, y para ello necesita dos o tres hermanos fieles que se reúnan en Su Nombre.

Si tenemos tal revelación debemos congregarnos en nuestra localidad. Por ejemplo, un creyente que viva en San Salvador no puede congregarse en Lourdes, debe congregarse en la Iglesia de San Salvador, pues, es la que está acorde a su localidad de origen. Los únicos que pueden ser itinerantes son los obreros, ellos pueden asistir a diferentes Iglesias con tal de llevar a cabo Su Ministerio. Esta es la plataforma que vemos en el Antiguo Testamento en cuanto a las Iglesias locales. ¡Amén!